



ROMANZA HUMILDE

El viejo zapatero,
sentado en la penumbra, con su gorra y sus gafas,
remienda los zapatos
y mira hacia la plaza.

Revuelan los vencejos en un cielo de tarde:
¡qué frescas y olorosas están las albahacas...!
El viejo, sobre el yunque de sus enjutas piernas,
trabaja que trabaja.

Zarandeando el cuerpo gracioso y empinado,
una mocita pasa:

-- ¡Quién perseguir pudiera sus pasos menuditos!
-- el remendón exclama...

Las niñas, en el porche,
promueven algazara.

-- ¡Oh, quién tuviera piernas alegres, como ellas!
-- el pobre viejo había...

Y cruza allá un entierro,
y cesan los rumóres festivos de la plaza...

-- ¡Quién tras el muerto fuera!

-- se dice el zapatero, trabaja que trabaja...

El hizo los zapatos de luto para el muerto,
para el que ya es viandante de la postrer jornada.
Y el remendón se queda pensando, en la penumbra:

-- Mi vida es, ¡ay!, amarga;

siempre afanado y solo,

trabaja que trabaja;

siempre sentado, siempre...

mientras los otros andan...

José Bruno

(DIBUJO DE MARTÍNEZ DE LEÓN)